

1. La reflexión de cada maestro para organizar su escuela y su curso en tal forma que con el mínimo esfuerzo obtenga el máximo rendimiento.

2. La organización de los alumnos que integran el curso escolar en tres sectores: adelantados, normales y retrasados.

3. La organización de ejercicios específicos para los alumnos anteriores, adecuados a su ritmo y capacidad, a través de métodos individualizados.

4. Aprovechar de las técnicas individualizadas (centros de interés, «Plan Dalton», «Sistema Winnetka» y «Trabajo individual por medio de fichas») aquellos elementos funcionales para la organización de

la enseñanza individualizada en la clase real y concreta de determinada escuela y localidad.

5. La organización de tareas en grupos al objeto de crear hábitos de trabajo en común, favorecer la ayuda a los demás, cultivar la generosidad y el altruismo y preparar al escolar para una sana y auténtica convivencia social.

6. Aprovechar de las técnicas de tipo social («Método de Proyectos» y «El trabajo por equipos») lo que sea útil para determinada escuela, al objeto de organizar una educación sobre la base de una cooperación y colaboración de tipo social.

ENSEÑANZA, APRENDIZAJE Y METODOS

Por ELISEO LAVARA GROS
Jefe del Departamento de Coordinación
del C. E. D. O. D. E. P.

Un análisis filosófico sobre el «acto didáctico», por somero que fuera, nos plantearía problemas muy hondos; no en vano le han dedicado su atención algunos de los más profundos pensadores. Por fortuna, ni la finalidad que nos hemos propuesto, ni las circunstancias, van a exigirnos dicha consideración. Nos limitaremos a esbozar algunas de las reflexiones que en torno a la «enseñanza, aprendizaje y métodos» pudiera haber hilvanado cualquier maestro que se plantease la complejidad del «acto» como problema.

La primera dificultad que se nos presenta radica, precisamente, en delimitar la esencia misma del «acto didáctico». Se distinguen en él, como elementos inseparables, el enseñar y el aprender, e, íntimamente vinculado a ello encontramos el problema del método. Como, por otra parte, no se justifica el «acto» sin un docente y un discente, no podremos olvidar la condición natural de los mismos al desarrollar este estudio.

Estamos ya en situación de abordar el problema. Empecemos preguntándonos: ¿Qué debemos entender hoy por enseñanza? ¿Es una mera transmisión de conocimientos, como tradicional y vulgarmente se ha venido admitiendo, o, por el contrario, la adquisición de verdades es una pura creación del espíritu, como defendían los idealistas?

Vale la pena insistir en la cuestión, porque de la solución que se dé a la misma va a depender la esencia del «acto» y aun la función que a maestros y alumnos compete en el desarrollo de la actividad instructiva.

Hoy nadie admite ya que la enseñanza sea una simple transmisión de conocimientos. Pero tampoco es admisible la tesis idealista de que la adquisición de los saberes sea una pura creación personal que el alumno realiza.

La enseñanza debe ser entendida como un «diálogo» íntimo, profundo, dinámico, entre dos almas, una superiormente formada y otra en vías de formación del que resulte un adecuado aprendizaje.

Convendría preguntarse ahora qué entendemos por «adecuado aprendizaje». Queremos expresar con ello

«la adquisición de nuevas formas de conducta, resultantes de la asimilación vital de los saberes».

Es decir, la finalidad de toda enseñanza, como *guía* que es del aprendizaje, debe colocarse no en una mera adquisición de conocimientos superficiales —la mayor parte de las veces, librescos y memorísticos—, sino, por el contrario, en lograr en el niño una verdadera integración personal de los conocimientos, que se traduzca en estructuras mentales bien construidas, que le coloque en situación de «tener que» reflexionar, meditar, comprobar sus propias adquisiciones, y las de los demás, con espíritu crítico, constructivo y humilde. Todo ello orientado a la formación de una conducta recta y firme que hagan de él aquel hombre que ya Vives postulaba: que acepte las cosas por la verdad misma que ellas encierran, no por la autoridad de quien las comunique...

Hace referencia al cultivo de la personalidad entera; y, así entendido, el aprendizaje es fundamento esencial en toda educación.

Precisamente por no ser un mero «paso», sino una creación interna que el alumno realiza, *estimulado y guiado por su maestro*, es necesario considerar la influencia de la «maduración» y de la dotación psíquica de cada alumno.

Tomando como principio básico esa «maduración», quizá nos sea posible establecer algunas leyes generales que el maestro no puede olvidar a la hora de estructurar su actuación docente. Ya se comprende que no serán exhaustivas; pero conviene tenerlas en cuenta al encargar o valorar un aprendizaje:

1.ª *Ley de la totalidad*.—Según la cual para juzgar o programar un aprendizaje es preciso considerar al discente como una totalidad. El maestro debe conocer la *realidad histórica*, es decir, las circunstancias pasadas y presentes que confluyen en cada niño, condicionando y aun determinando su aprendizaje actual.

«El hombre, teniendo en cuenta lo que ha sido y lo que quiere ser —dice Bastienne—, se embarca en el aprendizaje.»

2.^a *Ley del desarrollo.*—Debemos entenderla en un doble sentido:

a) Cada materia exige una «*edad crítica*» para ser eficazmente asimilada. Sabemos que existe una edad de «*maduración*» para el aprendizaje de la lectura, de la escritura, de la capacidad de observación de reflexión, etc.

Toda enseñanza debe ser planeada conociendo o intentando conocer el *periodo de latencia*, el de *emergencia* y la «*edad crítica*» de cada materia...

b) El segundo aspecto importante que presenta esta ley es consecuencia de cuanto llevamos expuesto hasta aquí. Si todo aprendizaje es el resultado de un «*profundizar*», a ritmo lento, en determinados conocimientos o acciones, en la esencia misma de ese profundizar encontramos esta verdad capital: toda nueva adquisición que se realiza está influida por las adquisiciones anteriores y, al ser asimilada vitalmente, influirá en todas las posteriores.

¿Qué otra cosa significa el afán del maestro de «*preparar*» la nueva «*lección*», enlazando con los conocimientos que ya posee el niño?...

3.^a *Ley del ejercicio.*—Es de origen mecanicista, pero no puede ignorarse su importancia. No obstante, no debemos entenderla como un puro «*machacar*», rutinario y carente de interés tanto para docentes como discentes.

Aquí, ejercicio es sinónimo de trabajo activo, dinámico, vital..., que persigue tanto fijar las ideas, hábitos o destrezas, básicas para posteriores aprendizajes, como iniciar al niño en el trabajo «*esforzado*», equidistante por igual de la fatiga y del tedio.

4.^a *Ley de motivación.*—Como muy bien ha dicho Karl Jaspers, el hombre, siempre que obra, obra por un fin. Y esta verdad, llevada a la vida del niño, debe matizarse con el adjetivo «*concreto*». Es decir, todo aprendizaje debe ser «*engarzado*» en la vida misma del niño; siempre es fácil acudir a la realidad que le circunda para motivar y predisponer una actividad cualquiera. Es éste uno de los principios básicos de la nueva pedagogía y su importancia, bien patente.

Es una cita curiosamente repetida por grandes educadores que «*para morder es preciso despertar el apetito...*». El conocimiento del fin (más o menos concreto, según que el niño sea más o menos joven), de los medios, del éxito o fracaso, etc., influyen poderosamente en el ánimo con que el niño desarrolle sus actividades.

5.^a *Ley del refuerzo o del éxito.*—Constituye un aspecto de la ley general de la motivación, pero, por su importancia, merece consideración especial. Podríamos enunciarla diciendo que el dar información sobre la marcha de un aprendizaje facilita el desarrollo del mismo. Se han hecho significativas experiencias: una clase homogénea dividida en tres grupos, sometidos a información distinta acerca de la marcha de su trabajo, presenta progresos distintos en cada grupo. Los que son informados de un modo halagador consiguen mayores progresos; les siguen los que son informados en tonos de repulsa, quedando en último lugar aquellos a quienes no se les ha dado información alguna.

Por último, anotemos la *ley general del aprendizaje*. Enunciada en términos matemáticos, diríamos que para que el aprendizaje aumente en razón aritmética es preciso que el tiempo transcurra en progresión geométrica.

Conocida la esencia misma del acto didáctico, conocido el fin que perseguimos, así como algunas de las leyes que rigen todo aprendizaje, especialmente el instructivo, estamos ya en situación de concretar algunos «*métodos*» que *faciliten* el desenvolvimiento del acto didáctico.

Entendemos por «*métodos*» el camino que recorre la mente para «*transmitir*», o «*adquirir*», una verdad. Actuar metódicamente es actuar con orden, con reflexión, con una idea clara del objeto que se persigue, con unos medios elegidos entre los que se juzgan más adecuados, y con un ritmo particular, dependiente tanto del fin como de la estructura noética de la materia y de la condición psicológica de docente y discente.

Vale la pena insistir en estas cuestiones. El que actúa con «*método*», con orden, tiene por lo menos estas cuatro ventajas sobre el que actúa espontáneamente:

1.^a Conoce el fin que persigue: no una lucida erudición, que convierta a los alumnos en «*esponjas*» que todo lo absorben, sino la formación de una recia personalidad que haga de ellos «*manantiales*» capaces de rendir frutos.

2.^a Conocido el fin le será más fácil trazarse el «*camino*» condicionado, no sólo por la dotación psíquica de los alumnos, sino también por la estructura interna de cada materia. Estos métodos pueden reducirse a los dos clásicos: inducción y deducción, revitalizados por el adecuado uso de las formas activas.

3.^a Conocido el fin y el camino que a él conduce elegirá los *medios materiales* más adecuados para esa guía estimulante que debe ser la «*conducción*» del niño.

4.^a Basado tanto en sus conocimientos teóricos como en su experiencia docente, comprenderá que no pueden soslayarse dos principios generales, básicos:

a) La necesidad que la inteligencia humana tiene de recurrir a «*signos*» que permitan expresar oral o gráficamente los «*estímulos*» que han de disparar la actividad del alumno hacia su tarea de creación y asimilación vital. El problema es complejísimo. El maestro debe *preparar* cuidadosamente sus «*lecciones*»: debe poner *orden* en su mente, para facilitar la *comprensión y asimilación* de las mismas por parte de sus alumnos. Pero, a la vez, debe reflexionar acerca de su propia dificultad en la elección de signos expresivos adecuados. Dificultad que se acrecienta al «*recibirlos*» el alumno, pues éste, según las leyes primera y segunda que hemos apuntado, percibe según su «*masa apercibiente*», influenciado poderosamente por las condiciones «*ambientales*», dificultad de audición, de visión, fatiga, estado afectivo...

b) El carácter «*ineluctablemente discursivo del conocimiento humano*». Es decir, el «*acto didáctico*» debe entenderse como un continuo ir desvelando (quitando velos), como un paulatino profundizar en las

verdades básicas que se nos ofrecen «lejanas». El conocer es un proceso, y como tal se desarrolla lentamente. De ahí que sea preciso marcar un *ritmo lento*, que permita asimilar los conocimientos. No puede olvidarse que existen unos tiempos de *captación* y de *sedimentación*... En términos manjonianos, la enseñanza y el aprendizaje deben caracterizarse por un «apresurarse despacio».

* * *

Se deduce, de cuanto llevamos expuesto, que el actuar con método está al alcance de cualquier docente: su esencia radica en la REFLEXION. Reflexión en torno a las exigencias que el mundo actual, con su vertiginosa aceleración y con sus cambios de estructuras sociales, plantea. Reflexión acerca del verdadero fin de la labor docente, que no puede quedar reducido a lo más gris de la misma: la transmisión mecánica de conocimientos. Reflexión en torno a las po-

sibilidades de cada uno de los alumnos... para, apoyado en todo ello, «construir» sus planes, sus programas y sus lecciones, elegir el material, de suerte que el ORDEN que él ha impuesto a su mente y a sus acciones se traduzca en la correcta formación mental de sus alumnos.

La enseñanza así entendida será verdaderamente activa, dinámica, interesante y el aprendizaje estará señalado por adquisiciones vitales.

No obstante, domina todavía en muchas de nuestras escuelas un afán «intelectualista», que las adocena y desvaloriza; debido ello, en gran parte, a las acuciantes exigencias de la propia sociedad que pide de continuo éxitos brillantes y momentáneos. No es extraño, pues, que algunos maestros se sientan tentados en «satisfacer» esas exigencias y pospongan esa otra labor que exige trabajo continuo, callado y escasamente apreciado, que constituye la esencia misma de la tarea verdaderamente formativa, frente a la pura y común labor instructiva.

EL TRABAJO COLECTIVO Y EL INDIVIDUAL EN LA UNIDAD ORGANIZATIVA DEL CURSO

Por ALVARO BUJ GIMENO

Jefe del Departamento de Manuales Escolares
del C. E. D. O. D. E. P.

Nuestra escuela tiene que abordar y resolver de la forma más adecuada posible toda la problemática que le lleve a una eficiencia óptima. Uno de estos aspectos es el del trabajo escolar. Cada curso constituye una unidad que es preciso organizar como tal para que alcance los objetivos que se le señalan; no puede haber rendimiento si el maestro no se hace cargo de este cometido y planifica el trabajo de su escuela. Tiene que proporcionar a sus alumnos unos niveles de conocimientos y hábitos de acuerdo con el curso escolar en que se hallen encuadrados. La vigente legislación escolar, de acuerdo con la actual estructura social y económica, reflejada en el ámbito educativo, exige del maestro que dé cuenta de las metas alcanzadas por sus alumnos como resultado de la labor que con éstos realiza.

1. EL TRABAJO ESCOLAR

Seguramente a los educadores de la época clásica alarmaría el empleo del término *trabajo* cuando sólo la consideración del juego y del ocio noble cabía en las reflexiones sobre la actividad escolar. Vivimos una etapa marcadamente técnica y la escuela, que es a la vez elemento de conservación y de transformación, ha asimilado un vocablo que en puridad corresponde a la mecánica. Todavía la paradoja sería mayor si pasásemos a hacer disquisiciones sobre la diferencia entre el mero mecanismo y el organismo, y cayésemos en la cuenta de que para hablar de la organización usamos la terminología mecánica. Dejemos la discriminación de esas diferencias para ocasión propicia y veamos en qué consiste el trabajo escolar.

A la mecánica le basta con considerar dos factores: la fuerza y el camino recorrido, para llegar a la noción de trabajo y de la relación entre el trabajo puesto y el realmente utilizado deducir el valor del rendimiento que se alcanza. En la tarea escolar la noción de trabajo es más compleja y depende de un número de factores mucho mayor.

En la tarea escolar hay que contar con que el alumno tiene unas condiciones personales, de índole física y psicológica, que cuentan a la par que la especial estructura de los conocimientos que debe de asimilar o de los hábitos operativos que tiene que adquirir. En esta asimilación (paso de lo meramente objetivo y externo a la posesión de una estructura mental) tiene que realizar un esfuerzo, un trabajo. Esta actividad del niño necesita de la ayuda del maestro, de su guía y también de su esfuerzo.

Maestro y alumno aparecen implicados en lo que hemos dado en llamar trabajo escolar; de aquí que la consideración que hemos de hacer tiene un carácter bipolar, y no de simple acción sobre el objeto, como ocurre en el trabajo de tipo mecánico. Otra característica del trabajo escolar es que el maestro se ve obligado, en la escuela, a dirigirse no a un alumno, sino a varios.

a) Apreciamos cómo la primera dificultad en la consideración del trabajo escolar aparece cuando estudiamos la relación docente-discente: un maestro frente a varios alumnos. *La actividad del maestro* tiene que ser distribuida entre los discípulos, bien dirigiéndose a ellos en *forma individual*, o, por el contrario, optando por dirigirse a todos *simultáneamente*; esta última forma está presuponiendo una homo-